

Donde caliente el corazón

Angélica Luna'

Estaba sola en Barcelona con lágrimas en la cara y tomando un café, cuando de la nada un señor se le acercó y le preguntó qué le pasaba. "Yo tenía que desahogarme, así que le conté la historia". Él la invitó a su apartamento y ella fue porque no tenía otro remedio. Y resultó ser su ángel de la guarda. "A veces la gente ve personas y sienten personas. Eso fue lo que me pasó". Y ese señor fue quien se convirtió en su segundo marido y la ayudó a conseguir trabajo, a aprender el idioma y a adaptarse. "Es la cosa más maravillosa que me ha podido pasar, él me valora y aprecia mucho": dice Ana, una mujer de treinta y siete años que recibe a todas las personas con una gran sonrisa, una personalidad extrovertida y con un acento fuerte, marcado y en ocasiones confuso. Ana nació en Ucrania y ha recorrido muchas partes del mundo tratando, como tanta gente, de buscar una oportunidad de trabajo

Nació en la época en que Ucrania hacía parte de la Unión Soviética y vivió los primeros veintidós años de su vida bajo este régimen, con situaciones económicas difíciles que la obligaron a salir de su país.

A pesar de que habla de su ángel de la guarda, ella no profesa ninguna religión, cree en Dios como algo que existe dentro de sí misma, pero no es devota de ninguna iglesia, ni la católica, ni la ortodoxa, que son las que priman en su país. "Voy a la iglesia porque quiero, no porque tenga que ir o porque sea domingo. No soy fanática pero sí creo que existe un Dios y que tengo mi angelito de la guarda, porque me han ocurrido historias muy raras y siempre he salido por el buen camino". Sin embargo, Ana creció bajo la cultura del ateísmo. "El gobierno vigilaba cuál niño podía estar en la iglesia y llamaban a sus padres y los castigaban, pero aun así cada persona tenía en su casa las imágenes que los identificaban con su religión":

¹ Cali, 1986. Estudiante de Economía y Negocios Internacionales, Universidad Icesi, Cali.

Con su amigo está casada sólo en papeles, porque este vive con un amigo con el cual sostiene una relación sentimental; los tres tienen una gran amistad, pero cada uno vive su vida aparte.

Ella trabaja en una ciudad cerca a Barcelona, así que constantemente se ven. Ambos se aprecian y se valoran mucho, pero antes de encontrar a este ángel de la guarda tuvo que vivir diferentes situaciones, que hicieron de ella la mujer que es ahora.

Desde niña Ana ha tenido una vida difícil. "Mis padres se conocieron y se fueron a vivir a una ciudad nueva, todavía en construcción, donde necesitaban profesionales jóvenes, profesores, y ahí nací yo, de padre ruso y madre ucraniana. Luego el amor se acabó y se separaron, entonces, yo era como una pelota de ping pong, para un lado y para el otro, porque ambos eran muy egoístas, así que me mandaron a vivir con mi abuela paterna". Su abuela paterna era de Ucrania, por lo que desde chiquita viajaba mucho, entre padre, madre y abuela; hasta que llegó la hora de tomar la decisión de con quién quería permanecer. Pero esto no fue nada fácil pues el caso fue llevado ante un tribunal y ella, con tan sólo diez años de edad, debía decidir con quién quería estar. Detrás de esto estaban los intereses, tanto de su padre como de su madre, pues aquel que la niña escogiera sería quien se llevaría la mayor parte del patrimonio familiar. Ana, quien estaba viviendo con su abuela paterna, escogió a su padre.

"Mi madre nunca me perdonó y por eso la vida me la ha hecho imposible. Por eso, mientras viví con mi padre pensaba que tenía que cumplir metas para ganar su amor': Así que una vez más volvió a Rusia a vivir con su papá y con la nueva esposa de este. "Pero prácticamente no lo veía, sino que me quedaba con su mujer, y cuando pasó el tiempo y se repartió la casa, la parte de papá grande y la de mamá chiquita, me mandaron de vuelta con mi abuela porque no me aguantaban más. Él lo que quería era su parte de la casa':

Ana tenía once años cuando llegó donde su abuela paterna. "Mi abuela no me dejaba salir, me vigilaba todo el tiempo. Por eso era una persona solitaria; tenía un montón de amigos, pero nunca me acercaba a nadie': El tiempo pasó y a los diecisiete años se rebeló. Fue por esa época que conoció al padre de su hijo. "Me pareció un príncipe azul. Como siempre, el primero es el príncipe azul". Ana quedó embarazada y se casó a los 18 años. "A mi padre casi le da un infarto, y mi abuela se hubiera vuelto loca si no lo hubiera hecho".

Esta situación inesperada cambió la perspectiva de las cosas: iba a entrar a la universidad a estudiar literatura, pero luego de lo sucedido no contó más con el apoyo de su familia. "Mi madre era profesora y tenía las puertas abiertas en cualquier universidad, pero no tuve el apoyo ni de ella ni de nadie': Sin embargo, estudió mucho y sacó el primer puesto por lo cual consiguió una beca, pero en ese periodo la situación era muy difícil, pues además de estar embarazada, estudiaba y trabajaba a la vez.

Con todo esto su matrimonio no funcionó. "No se trata de decir si él era una mala persona o no, simplemente ninguno de los dos estaba maduro para esas cosas. Entonces, de un día para otro, yo entendí que no funcionaba y me fui con mi hijo de nueve meses".

Continuó estudiando y trabajando para ganarse la vida, pero al final tuvo que dejar los estudios, de lo cual no se arrepiente. "No digo que estudiar sea perder el tiempo, pero en este caso sí lo hubiera sido, pues la situación económica y política en ese tiempo era muy inestable. Todo el país se quedó, después de la Perestroika de Gorbachov, en la calle':

Cuando Ana empezó a estudiar todavía existía la Unión Soviética; cuando dejó sus estudios fue cuando los países se separaron. Antiguamente el idioma principal era el ruso y el segundo idioma era el propio. En las universidades se estudiaba en ruso y muchas personas que tenían un alto nivel de estudios dejaron de ser útiles pues no sabían la lengua de su propio país. Así que con la separación de los países, mucha gente perdió su empleo. "Cuando se cayó la Unión Soviética la gente hacía cualquier cosa para ganarse la vida".

y Ana no fue la excepción, así que se dedicó a ir a otros países como Turquía o Polonia para comprar cosas y venderlas en su país. y así fue como un día decidió ir a probar suerte a Israel.

"En Israel tengo amigos que emigraron mucho antes y que son gente noble e inteligente. Yo iba para allá como invitada y, bueno, en búsqueda de trabajo también'. Pero al llegar fue detenida en el aeropuerto y puesta en prisión por cuatro días. La razón de esto era la gran cantidad de inmigrantes que iban en busca de trabajo, por lo que le negaron la entrada y la detuvieron junto a otras personas.

Un funcionario de la embajada ucraniana en Israel se presentó a los cuatro días y les dijo a las autoridades que él podía firmar un poder para aquellas personas que iban de vacaciones, para que pu-

dieran entrar. Y, a pesar de que Ana intentó convencerlos de que sólo estaría ahí de visita, fue deportada. "Yo ya había vendido absolutamente todo y me había endeudado para poder realizar ese viaje. Después de esto entré en una depresión horrible': No quería hablar con nadie, ni siquiera con sus amigos de Israel que se habían quedado en el aeropuerto esperándola. Se aisló del mundo aunque recibía constantes invitaciones de sus demás amigos para ir a otros países como Grecia e Italia.

Al final, llegó un momento donde Ana no sabía qué hacer, lo único que sabía era que tenía que buscar su futuro en otro país. "Un día estaba hablando con un amigo sobre este tema, preguntándole hacia dónde ir, cuando él miró la camiseta que yo llevaba puesta, una camiseta que tenía un logotipo que decía "Caja Madrid", y me dijo: 'vete para España'. Y eso hice".

Actualmente se dedica a importar productos a España desde Turquía, por lo que permanece gran parte del tiempo en Barcelona. Vive allá desde 1999 y procura ver, ocasionalmente, a su hijo, a quien dejó con una amiga. "Yo ni pensaba irme a ninguna parte pues no podía dejar a mi hijo, y ella se ofreció a quedarse con él durante los dos años que tuve que permanecer en España sin poder salir. Mi hijo siempre me apoyó en todo, tenemos una relación muy unida y todo el cariño que me faltaba en mi vida me lo transmite él". Hoy en día tiene 21 años y está prestando su segundo y último año de servicio militar obligatorio en Ucrania. Ana piensa que cuando su país entre próximamente a la Unión Europea, las cosas van a ser muy diferentes y, entonces, consideraría la posibilidad de regresar. Para ella Ucrania tiene problemas así como los tienen todos los países: la violencia, la corrupción y la mafia están en todas partes del mundo, aunque asegura que en otras partes no hay tanta inseguridad como aquí, en Colombia, a donde vino sólo de paso, a visitar unos amigos. "En Europa la gente vive tranquila, en la calle las personas pueden andar con tranquilidad y no hay problema".

Ana es una trotamundos, optimista y alegre.

"Yo no sé dónde me vaya quedar, si en España, Ucrania, Colombia o en África. Yo no sé; donde caliente el corazón, ahí me quedo. Pero claro, siempre hay que asegurar un sitio, y ese sitio es mi país".

El cinturón de fuego

Carolina Bohórquez'

Eneried Aranguren cerró los ojos y escuchó una explosión potente. Iba de regreso a su casa, empotrada en una colina del corregimiento de La Buitrera, en la ladera de Cali, cuando desde la buseta VIO una nube de gases asfixiantes que inundaba la avenida Pasoancho con calle Quinta. Sus manos sudorosas apretaban la bolsa de chontaduros que le compró a su hijo menor, en la esquina del centro comercial Trade Center, minutos antes de subirse en la buseta Montebello. En el recorrido sintió que se le hinchaba el pecho. Después de varias curvas por la carretera se bajó lívida, así ya estuviera a salvo, mientras se internaba por una loma semioscura y sin pavimentar. Al final de aquel camino está su casa, aún en obra negra, entre algunos árboles que se pueden ver por la puerta principal de barrotes de color verde oliva.

Eran las 6 y 15 de la tarde.

La mujer de cabello largo con grandes ondulaciones busco a Wilman Silva, su esposo y, sin más demoras le cantó que estaba en Umicentro cuando estalló la revuelta, al otro lado de la calle. VIO que el humo de los gases lacrimógenos provenía de la Universidad del Valle.

- Cuando salía del banco tropecé con una mujer que lloraba. La gente corría de un lado a otro y la policía estaba regada. Ojalá mi Jhonny esté bien. ¿Por qué mi muchacho no me hizo caso esta mañana de que no fuera a estudiar si no tenía clases?

Wilman escuchaba atento a su esposa, mientras se devoraba la bolsa de chontaduros.

- No te los comás todos que son para Jhonny. Ya sabés cómo le gustan.

1 Cali, Comunicadora Social. Trabaja en la Universidad Icesi como Coordinadora de Divulgación y Prensa.